CARTA XXXI

DEL

FILÓSOFO RANCIO,

CONTINUAN LAS REFLEXÍONES

SOBRE LA REFORMA

QUE SE INTENTA HACER

DE LOS REGULARÉS,

Y

RESTABLECIMIENTO Á SUS CONVENTOS.

CÁDIZ.

IMPRENTA DE LA JUNTA DE PROVINCIA,
EN LA CASA DE MISERICORDIA. AÑO DE 1813.



* * * 18 de Febrero de 1813.

Amigo mio mui estimado: *quod felix faustumque sit* mi real convento fundacion del grande y piadoso San Fernando, ha vuelto á la posesion de los mismos á quienes este Santo Rei lo donó, á los 564 años de esta donacion, y á los tres, pocos dias ménos, de habernos despojado de ella el enemigo. Fué nuestra restitucion en 13 de este mes, dia consagrado á Santa Catalina de Ricci de la casa y familia del último general de los jesuitas, y si no me engaño, del famoso Scipion de Pistoya. Gracias á Dios por este señalado beneficio. Gracias tambien á aquellos hombres de quienes su misericordia se ha valido para conferírnoslo. Quisiera yo, que ademas del premio que por esta buena obra les espera en el cielo, hubieran podido presenciar el acto de que ellos han sido autores en la tierra. Nuestras lágrimas solas que lo solemnizáron, hubieran proporcionádoles uno de aquellos espectáculos que las almas generosas estiman sobre todo. Si en vez de este espectáculo desean graduar el valor de este beneficio que á la causa comun han hecho, podrán registrar en los historiadores de esta ciudad lo que nosotros cuidamos mas de hacer que de escribir. Entre otros es digno de atencion el testimonio de Don Pablo de Espinosa que aseguraba en su tiempo, que *si las ciencias eclesiásticas se perdiesen, bastarian á restituirlas los frailes de San Pablo de Sevilla.* Así se explicó entónces este sabio estremeño. Haga Dios que en lo sucesivo puedan explicarse del mismo modo los que escriban de las cosas de Sevilla.

V. tendrá la curiosidad de saber cómo hemos escapado. Mucho podria responderle; pero soi hombre, y temo hablar en causa propia. Una sola cosa podré decirle, y es que durante la mansion del enemigo, ha estado nuestro convento baxo una proteccion de aquellas que ahora se acostumbran, y que á nosotros es problemático si hubiéramos debido renunciar. Sea de esto lo que fuere, el hecho es que no lo conocemos: que pudieramos aplicarle aquello de *et campos ubi Troja fuit*, si no lo estórvasen los muros y los techos; que la mayor par-

te de nosotros si ha de dar con su celda, se verá en la misma necesidad que los egipcios de sacarla por los grados y minutos del cielo, que será mas barato que buscarla por las señales del suelo: que de lo que hubo, resta mui poco, habiendo la tutoría hecho grandemente de las suyas: que de lo que no habia tenemos tanto, que en muchos meses no podrémos acabar de deshacernos de ello...... lo diré todo de un golpe; que para que vuelva el convento á lo que ha sido, son indispensables ú otro San Fernando, ú otros cinco siglos y medio. Mas no por esto desmayamos. ¿Qué digo desmayamos? Los sevillanos aumentan los ánimos á proporcion de las dificultades. Ya V. se acordará de la famosa resolucion del cabildo de esta Santa Iglesia, quando se trató de reedificarla. *Vamos á facer una Eclesia, que los venideros nos tengan por locos*: y á fe que los tenemos por mui cuerdos.

Se me olvidaba lo principal: y por cierto que no quisiera haberme acordado; porque los liberales no se rian, ni me saquen al público de botones gordos: pero por fin ya que me he acordado, es menester decirlo. Ha de saber V. que á imitacion de Sancho soi ni mas ni ménos que gobernador de mi ínsula Barataria: quiero decir, que por mis pecados, ó por los agenos, ó qué sé yo por qué, me he hallado, sin comerlo ni beberlo, de presidente de la comunidad. Mi gobierno, queriéndolo Dios, será á corta diferencia de la misma duracion que el de Sancho, y mis ordenanzas acaso tan famosas como las suyas. Allá va una que ha de ser la primera. Luego que nos desocupen algo de lo que fué convento, cada fraile llevará á él su morral, extendiéndose esta gracia á todo el que de otra qualquiera orden se halle sin albergue, y se contente con el simple cubierto. Cada uno cogerá el sitio que pudiere; y en atencion á que las puertas son pocas y las llaves ménos, irán sirviendo por su turno todos los concurrentes de *quarteleros* de dia y de *imaginaria* por la noche miéntras fuere necesario. ¿Qué tal? Pero baste de fiesta; y á imitacion de Virgilio *paulò majora canamus*, ó hablando con propiedad, *multò majora*.

Expuse en mi anterior el segundo servicio que los eclesiásticos hacemos á la patria, provocando en favor de ella todas las bendiciones del cielo, vénganos estas por donde nos vinieren. Entremos ahora con aquellas que están ligadas al ministerio de la Iglesia, que unos por autoridad y otros por delegacion exercemos, y segun el cual todos los eclesiásticos, inclusos los frailes, podemos y debemos decir. *Sic nos*

existimet homo ut ministros Christi, et dispensatores misteriorum Dei. Supongo que los señores liberales no entenderán que en esta familia incluyo á las monjas (porque esto de tener sacerdotisas que digan misa, prediquen &c., es privilegio de Por-royal) ni tampoco á los legos, sin embargo de que los caballeros jansenistas y su famoso sínodo pistoyano han dexado las cositas tan adelantadas, que qualquier francmason podrá dentro de breve intitularse *Hombre-Rey-Sacerdote.* Digo pues que excluidas las monjas, legos, donados &c., todos los que estamos y nos llamamos ordenados, desde el Romano Pontífice cabeza de la Iglesia universal hasta el ostiario de la de Castilleja, somos ministros de Cristo y dispensadores de sus misterios, unos mas altos y otros mas baxos *secundùm mensuram donationis Christi.*

Pues ahora: el primero y mas importante ramo de este ministerio despues del sacrificio cuya víctima es la *palabra* ó *Verbo* substancial de Dios, es la enseñanza del *verbo ó palabra* por donde el mismo Dios se ha dignado de entenderse exteriormente con nosotros. Yo no sé si me he explicado bien: y en estas materias es menester agarrarse el que sepa apreciar su religion. Hai dos *Verbos*, para explicarme así: el uno, por el que Dios se entiende y conoce á sí mismo, y es la segunda persona de la santa y augusta Trinidad: el otro, por el que nos habla á los hombres, que es la doctrina de la revelacion. Ambos Verbos nos dispensa la Iglesia, y *la sola Iglesia* por el ministerio de sus dispensadores y ministros. El primero en el adorable sacrificio en que nos franquea la carne y sangre de nuestro Salvador Jesu-Cristo, unidas inseparablemente á la persona del eterno *Verbo*: y el segundo en la doctrina de nuestra santa fe de que el mismo Jesu-Cristo la instituyó depositaria. Y como quiera que los frailes tambien pertenezcamos al ministerio por donde ambos Verbos se nos comunican, está visto que para decir como se dice, que los frailes somos inútiles en la patria, es necesaria una de dos cosas: ó hablar sin saber lo que se habla, que es la enfermedad de casi todos los que lo dicen; ó tener por una fábula lo mas augusto y sagrado que existe sobre la tierra y aun en el cielo, que es la admirable luz y profunda ciencia á que quieren conducirnos mas de quatro que se llaman filósofos á sí mismos, y á quiénes yo (usando de la libertad de opinar) llamo bestias en figura de hombres. Pues ahora: para que estos tales caballeros, *alias* caballos, no acoceen á la gente de bien, ni seduzcan al pueblo sencillo, tomemos la cosa por su prime-

ra raiz: mostrémonos verdaderos filósofos: hagamos ver al mundo que en creer prestamos á Dios un *razonable obsequio*; y sostengamos la causa de los frailes, sosteniendo la de la religion y de la fe. Quando trato de defender y mostrar la importancia de esta última, no me olvido, aunque lo parece, del objeto á que debe dirigirse esta Carta, que es la utilidad que el pueblo español reporta conservando los frailes: pues si ellos son los que están destinados para comunicar á los fieles la luz de la doctrina revelada, quanto mas importante y necesaria sea esta, tanto mas interesante y preciso será el servicio que ellos prestan. Y como atendidas las tristes circunstancias en que nos hallamos, juzgo de absoluta necesidad inculcar é insistir en la obligacion que nos corre de creer, me ha parecido recomendar los grandes servicios de los frailes, desentrañando los sólidos motivos de la importancia de nuestra fe. Acaso haciéndolo, reproduciré pensamientos y reflexîones que anteriormente llevo insinuadas. Pero es cosa que no puedo evitar; porque mi memoria flaquea; porque de mis Cartas no me queda copia, y casi me cogen de nuevo quando las leo impresas; porque las escribo á estilo de Orbaneja el pintor, *á lo que saliere*, sin poder fixar un plan seguido; porque muchas veces nuevas repeticiones de unos mismos delirios exîgen nuevas y mas vigorosas impugnaciones; en fin porque las materias de que estoi tratando, son de tanta importancia y trascendencia, que nada estará en ellas de sobra segun aquello de *numquam nimis, quod numquam satis*. Suponiendo todo lo dicho, entremos en cuestion.

Sea la primera. ¿*Debió Dios hablarnos*? Si señores: pero entendamos la palabra *débito*. Absolutamente hablando, Dios á nadie *debe* cosa alguna; y si no hubiera querido criarnos, se hubiera ahorrado millones de injurias, y de ingratitudes. Pero en suposicion de que quiso criarnos y nos crió, ya se *debe* á sí mismo hacer una obra completa y perfecta, en la qual nada haya desordenado, y nada sin destino. ¿No es verdad esto, señores liberales? Un reloxero v. g. no está obligado á hacerme un relox; pero en caso de que se ponga á ello, me debe hacer en ley el que me haga; colocadas todas sus piezas de manera que me den la hora, y sin ponerme en él cosa alguna que no sirva ó para este objeto, ó para firmeza, ó para adorno de su obra. ¿Estamos convenidos?

Pues vamos adelante, y consideremos al hombre. Es ra-

cional, ó intelectivo, ó como Vs. quisieren llamarle, pues para el caso todo es uno: y por causa de ser racional está sugeto á un afecto que no vemos ni aparece en alguna otra criatura: este afecto es la *admiracion*. Vemos por exemplo la torre de Sevilla, y nos quedamos admirados; lo que no sucede ni á los borricos ni á los mulos que pasan diariamente cerca de ella. ¿Y de dónde viene este afecto en nosotros? Todos lo sabemos: *de la presencia de un efecto en el qual no se nos presenta su causa*. Si la cosa es de aquellas que ó hacemos nosotros, ó estamos frecuentemente viendo hacer, ó cuyo modo de producirse nos es familiar y conocido; á buen seguro que nos admiremos. Nuestra admiracion no se despierta, sino quando vemos una cosa hecha ó que se está haciendo, sin ver quien la hace, ó sin comprehender el modo con que se hace ó se hizo. Pues ahora: una vez exîtada la admiracion, luego luego nace el deseo de buscar la causa, y entender el modo por que ó con que se hizo aquello. Deseo que á ningun otro viviente le asalta sino al hombre, y deseo de que no hai hombre que infaliblemente no se resienta: por consiguiente deseo *natural* al hombre, y como *natural* obra del autor que le ha dado la naturaleza, é incapaz de ser un vano ó frustraneo deseo; á ménos que pongamos para el hombre un autor ciego y temerario. ¿No es esto así, hombres de razon? ¿Hai algo contra esto, señores liberales?

Pues en suposicion de que nada hai en cuanto llevo dicho, á lo qual no se preste todo hombre, y contra lo cual ningun burro se atreve á rebuznar, subsumo yo ahora: es así que los hombres estamos viendo por todas partes obras de Dios que nos maravillan, y que á presencia de estas maravillas nos vienen deseos de ver al autor, conocer su sabiduría, &c. &c.: luego una de dos: ó cuando Dios nos crió no supo lo que se hizo, y nos dió estos deseos sin objeto alguno (que es una blasfemia de alto bordo); ó cuando nos crió en disposicion de concebir estos deseos que ninguno otro ser concibe, llevaba seguramente ánimo de llenarlos. Luego Dios se impuso á sí mismo, porque así lo quiso, cierta obligacion de dársenos á conocer: y como quiera que este Señor no es como muchos de los señores que por acá abaxo conocemos, que mudan mas opiniones que camisas; una vez que lo quiso, infaliblemente lo hizo, é infaliblemente lo ha de cumplir. Estoi echando de ver que

con tantas palabras como he dicho, todavía no he puesto la cosa en la mitad de la luz que le dá Sto. Tomas en mui pocos renglones. Copiémoslos. Impugna el Sto. (1. p. q. 12. a. 1.) el error de los que dixéron que nuestro entendimiento no podia ver la esencia de Dios; y despues de la demostracion que contra él hace tomada de los principios de la revelacion, añade las siguientes palabras. » Igualmente es este error ageno de la razon: porque en el hombre exîste » un natural deseo de ver la causa, cuando ve el efecto; » y de esto proviene en los hombres la admiracion. Si pues » el entendimiento de la criatura racional no puede trans- » cender hasta la primera causa de todas las cosas, ven- » drá á resultar que salga vano el deseo de la naturaleza.« Hasta aquí el santo doctor que á consecuencia deduce, que debemos absolutamente afirmar que los bienaventurados ven la esencia de Dios.

Y con efecto esta ilacion es necesaria: porque tan cierto como es que tenemos un deseo natural de ver á la causa de las causas, tan cierto es igualmente que miéntras de presente vivimos, no la vemos; si se exceptúa uno ú otro caso extraordinario y disputable (en el modo se entiende) que no debilita esta regla comun. Es igualmente cierto que ni tampoco la podemos ver; porque ella no es objeto que cae baxo la jurisdiccion de nuestros sentidos que son los órganos por donde nos entran todos los conocimientos que poseemos: y si acaso gustamos de hablar á la cartesiana; porque lo que tenemos de la idea innata del supremo ser, no nos representa la esencia de Dios, sino su exîstencia, su enigma, ó lo que dixere el Sr. Descártes que por mí tiene licencia para decir lo que guste. Se saca de todo esto por una consecuencia infalible aquello que nos enseña el librito de la doctrina cristiana; quando dice que *el hombre fué criado para amar y servir á Dios en esta vida, y despues* VERLE *y gozarle en la eterna.* Tenemos pues señores liberales, que *ver á Dios*; y esto sin falta, aunque con una diferencia tan grande entre liberales y serviles, que sería lo mejor que tratasen de evitarla todos los liberales; y por consiguiente miéntras Vs. no me pongan que el hombre ha de verlo, están en la necesidad de atribuir á Dios en este deseo que tiene todo hombre, un disparate indigno no solo del sabio y la sabiduría misma por esencia, mas tambien de qualquier autor que sepa lo que

hace, aunque sea Periquillo el de los palotes.

Me responderán...... No digo bien, porque estos señores están divorciados con todo lo que huele á respuesta. Digo pues que me responderé yo por ellos: que el hombre conoce á Dios: que las gentes lo han conocido, como yo mismo he asegurado tantas veces: que los filósofos han escrito y hablado sabiamente de él: que...... mejor es decirlo con S. Pablo *invisibilia Dei per ea quae facta sunt, á creatura mundi intellecta conspiciuntur, sempiterna quoque virtus ejus, et divínitas.* Y ¡ya se ve! como yo no me he de oponer á S. Pablo, y como no soi de los granaditos de la nacion, igual á algun otro que sobre este título se cree autorizado para hacerlo; parece que la reflexîon que acabo de exponer, pierde toda su fuerza, en suposicion de que los mismos efectos que en la naturaleza nos maravillan, nos presentan la inmensa virtud é invisible divinidad de su autor. *Los cielos nos refieren su gloria, el firmamento nos anuncia la omnipotencia de su mano: el dia de hoi manifiesta al de mañana la brillante idea de su sabiduría, y por la ciencia que concebimos al contemplar los astros de la noche hacemos escala para admirar aquella infinita ciencia de que estas bellezas no son mas que ligeros indicios. Ni estos conocimientos se parecen á aquellas locuciones ó discursos cuyas voces apénas se dexan oir; pues su sonido se ha extendido por toda la tierra, y han penetrado hasta los últimos confines del orbe sus palabras.* Perdónenme los señores liberales si no les agradare la traduccion de este trozo del salmo. Sé que dice mas, y lo dice muchísimo mejor que lo que yo he dicho, y como yo lo he dicho; pero por una parte no alcanzo á hacerlo mejor, y por otra sentia no dar toda la fuerza posible al argumento.

Respondiendo ahora á él, lo concedo todo, ménos la consecuencia que me quieran sacar de que con este conocimiento que nos dan de Dios las criaturas, se sacia el natural deseo que tenemos de ver á Dios. Mui por el contrario: cuanto mas conocemos á este Señor en sus criaturas, tanto mas se irrita el deseo de verlo en sí mismo, y de hallarnos á su presencia, como aseguraba de sí el apóstol. Aprendemos por ellas su exîstencia; porque álguien ha de haber producido esto que vemos, y que notoriamente no se ha dado el ser á sí mismo; porque álguien ha de gobernar esto que tambien gobernado anda, y que nosotros no gober-

namos, y solo somos capaces de echarlo lindamente á perder; porque álguien que esté inmoble, es necesario que mueva tanta máquina como vemos moverse; porque en álguien ha de parar esta serie de causas subalternas las unas á las otras; porque álguien ha de ser el que permaneciendo siempre, hace aparecer y desaparecer tantas cosas como ayer no eran y hoi son, hoi son y mañana no serán; porque...... mas el que quisiere enterarse en esto del modo mas sólido y luminoso, vaya á buscarlo en tantos hombres de razon que tratan dignamente este punto, y señaladamente en Sto. Tomas. Vayan, digo, á buscarlo, y no podrán ménos que creer que los materialistas que hacen profesion de tales, son vichos de una especie inferior á los bueyes, asnos y gallinas que mal ó bien se enteran en quien es el que les rasca la frente, les echa el pienso, ó las llama para el afrecho. Inferimos pues que hai un *álguien* que produce, conserva, ordena y lleva por un admirable tenor esta muchedumbre de maravillas: llamamos *Dios* á este álguien; pero cuanto mas nos convencemos de su exîstencia, tanto mas crece en nosotros el deseo de conocerlo como es en sí.

Acudimos para ello otra vez á las criaturas. Vemos los defectos y privaciones á que todas ellas están sujetas: buscamos en sus naturalezas y limitacion la raiz de estas privaciones y defectos; y sacamos por consecuencia necesaria que el primer ser, la primera causa, el primer motor &c. &c. no puede tener ninguna de estas cosas. Por consiguiente inferimos con la mayor evidencia que él es inmaterial, incorpóreo, inmutable, infalible, infinito &c. &c.. ¿Pero por ventura conociendo esto, vemos *lo que él es*? En manera ninguna; pues estos conocimientos no nos dan idea sino de *lo que él no es*, ó *no puede ser*.

Echamos mano de las innumerables perfecciones que vemos en todas las cosas criadas, y que no han podido venir de otro que de él: las depuramos de las imperfecciones con que entre nosotros se misturan; y formando un complexo de todas, creemos bosquejar algun borron de lo que es él. Lo llamamos *poderoso* sin mezcla de flaqueza, *sabio* sin sombra de ignorancia, *fuerte* sin posibilidad de que se le resista, *grande* sin que en él quepa algo de pequeño; y por este órden cuanto vemos de bueno y de perfecto, otro tanto nos esforzamos á atribuirle en el mas eminente grado. Pero ¿por ventura vemos despues de todos estos esfuerzos lo que él es?

¡Ah! Que miéntras mas nos esforzamos, mas bien descubrimos lo poco ó nada que de él conocemos: y miéntras mas conocemos estas bellezas que él nos ha puesto delante de los ojos, mas se nos enciende el deseo de ver al autor de tantas y tales bellezas. *Si haec tanta*, decia S. Agustin *¿ quántus ipse? Si haec talia ¿ quális ipse?* Si tan grandes son estas cosas destinadas para nosotros ¿cuán grande será el que las formó á ellas y á nosotros? Si tan hermosas ¿cuánto mas hermoso será el que las produxo? Apuramos en fin todos nuestros esfuerzos; y despues de haberlos apurado, toda la idea que sacamos de esta inmensa causa de cuanto exîste, es la que él mismo nos dió cuando se impuso el nombre de EL QUE ES: que equivale á decir *el ser universal, el ser por esencia; la fuente y plenitud del ser.* Ea pues: vaya V. ahora á abrazar y digerir esta idea, y le sucederá lo que á él que con una concha quiere trasladar á un pequeño hoyo toda la extension del océano. Resulta del modo mas evidente que el hombre en medio de un deseo el mas eficaz y activo de cuantos naturalmente lo agitan, de conocer esta causa principio y vigor de todas las causas, no encuentra en la naturaleza cosa que llene, sino que inflame mas y mas este deseo.

Presentemos el mismo argumento baxo otro aspecto igualmente convincente. Nacemos los hombres sin saber cosa alguna; ó si así lo quieren los discípulos de Platon y Descartes, sabiendo algo, ó mucho ó todo; pero sin saber que lo sabemos. De aquí el ansia con que todos anhelamos por saber, y que tanto mas crece, cuanto mas vamos sabiendo. Nuestro entendimiento en cierto sentido infinito, tantas mas ideas es capaz de recibir, cuantas mas va adquiriendo; tantos mas conocimientos le ofrecen las ciencias, cuantos mas progresos logra hacer en ellas. Ninguna de estas está apurada: en todas se hallan opiniones cuya certidumbre no se ha descubierto: ni hai una sola en que se pueda fixar el *non plus ultra* que Hércules fixó á las orillas del océano, porque en todas vemos que hai *plus ultra* á donde caminar. Y de aquí la verdad con que al tiempo de morir dixo Sócrates, ó el que lo dixo: *no saco de este mundo otra ciencia sino que nada sé.* Es verdad que esto era en aquellos tiempos y no en los nuestros, en que cualquier pisaverde, cualquier currutaco, cualquier monicongo está persuadido á que lo sabe todo; pero excluidos estos señores eruditos á la viole-

ta, acá nosotros todos los bárbaros é ignorantes de antaño creemos y estamos en la misma persuasion que aquel buen viejo, y decimos extendiendo á todas, la sentencia de Hipócrates: *ars longa*, *vita brevis*. Si pues todos los hombres naturalmente deseamos saber, y todos, á excepcion de estos fenómenos de sabiduría que desde ayer acá pareciéron en Cádiz, nos morimos medio cucharas, quiero decir, apénas habiendo gustado lo que son las ciencias, y quedándonos á media miel; vendrá á suceder infaliblemente que este deseo natural de saber quedaria en el hombre frustraneo y vacío.

Pues ven Vs. aquí, señores liberales, lo que absolutamente no puede ser: lo uno, porque no cabe en un Dios que sabe mui bien lo que se hace, y que es incapaz de hacer en vano cosa alguna; y lo otro, porque no es posible en un Dios bueno que *nada aborrece de lo que ha criado*, y que á ninguna de sus criaturas comunica inclinacion que no le llene. Extiendan Vs. sus ojos sobre todos los seres que nos rodean. Todos se salen con lo que quieren; porque ninguno quiere aquello con lo que no puede salírse. El grave marcha al centro, y en llegando á él, descansa: el pino sube hasta determinada altura, y en llegando á ella, se acabó su conato por subir: el buei busca el heno, y en llenando el pancho, se echa: todos los cuidados del perro se reducen al huesecillo que ha de roer, á las pulgas que se ha de matar, y al sol ó la sombra donde se ha de tender. Lo mismo en todos los demas. ¿Y querrán Vs. que solos los hombres seamos excepcion de esta regla? ¿Los hombres que dotados de un alma que es imagen de Dios, nunca háyamos de poder conferir con el protótipo esta imágen? ¿Que deseando conocer al autor nuestro y de todos nuestros bienes, nos hemos de quedar con las ganas? ¿Y que con esta hambre tan voraz que por saber tenemos, no se nos ha de dar mas alimento que una parvedad de materia? ¿No ven Vs., señores mios, que esto no es razon ni media razon? ¿No ven que no cabe en un Dios sabio y benéfico? ¿No ven que si nuestra suerte hubiese de ser esta, seríamos los mas miserables de todos los seres criados? Junten Vs. ahora á esto la insaciable sed de nuestro apetito de que hice mencion en mi Carta XXII, y que de presente ni encuentran ni es posible que encuentren hartura; y se hallarán en la misma precision en que todos los hombres que han raciocinado, de apelar á otra vida y á otro mundo desco-

nocido, donde se verifique esta felicidad, y se llenen estos nobles y ardientes deseos.

Pues bien, caballeros mios: una vez que Vs. me concedan esto, como sin remedio me lo han de conceder; ya se ven en la necesidad de admitir, esa *revelacion* que tanto les pesa, y que tan vanos esfuerzos están haciendo por soltar. Yo tengo unas ganas decididas de ir á la América; pero lo primero que ignoro, es ácia donde caen esas vastas regiones objeto de mis deseos: lo segundo, cómo se va: lo tercero, quál es el rumbo mas corto y seguro para ir: lo quarto, dónde están los baxos, escollos y demas peligros: lo quinto, lo sexto y lo milésimo la infinidad de cosas que es necesario saber y prevenir para lograr este deseo que no sé por dónde me ha venido, y que tanto empeño tengo en verificar. ¿Qué me hago para ello, señores liberales? Me parece que si Vs. por desgracia no están filosofando, me dirán: pues amigo: vaya V. á un colegio de marinos ó á algun mareante que sepa lo que se enseña en el colegio, y lo instruirá en todo lo que es necesario para que V. verifique con seguridad, con acierto y sin peligros su deseo; porque aunque nosotros lo sabemos todo; ahora no tenemos lugar de ponerlo en la América de un solo vuelo, como podríamos hacerlo de boca ó por escrito.

Pues ven Vs. aquí, señores, el caso en que nos hallamos. Yo tengo unas ganas de ver á Dios inexplicables, pues siento en mí un vivísimo anhelo de exâminar en sí mismo á este soberano autor de tantas cosas como se sugetan á mi exâmen, y el de todo hombre. Yo quiero saber mas de lo que sé que es mui poco, y en esto poco se encierra el que soi capaz de saber muchísimo: y yo tengo un vehemente deseo de ser feliz, que ninguno de los bienes que descubro, es capaz de llenar, y mucho ménos sus papeles de Vs. Lo que pasa por mí, pasa por todo hombre, y aun por Vs. mismos. Es pues natural, y por consiguiente, obra de la naturaleza y su autor. Díganme por Dios, ó por quien quisieren, cómo saldré yo de este deseo que naturalmente me atormenta; ó quítenmelo de una vez si pueden, y descúbranme por qué género de secreto podré cambiarme de hombre en borrico, para no pensar mas que en el pienso. Miéntras espero la respuesta de esto por toda la eternidad, dígnense Vs, especialmente el Sr. Gallardo, de pasar los ojos por los siguientes renglonsitos de Sto. Tomas, que compo-

nen el artículo 3.º de la cuest. 2.ª de su 2.ª 2æ. Pregunta el Sto.: *si creer alguna cosa sobre la razon natural sea necesario para la salud.* Dexemos para despues los argumentos y sus respuestas, y comenzemos por la resolucion.

La funda afirmativa sobre el terminante texto de S. Pablo que dice en su Carta á los hebreos: *sin fe es imposible agradar á Dios*; y en seguida añade. ,, En todas las ,, naturalezas ordenadas sucede que para la perfeccion de ,, la que es inferior, concurren dos clases de cosas: una que ,, es segun su propio movimiento; otra que se le junta se- ,, gun el de una naturaleza superior. Así sucede en el agua ,, que segun su propio movimiento fluye al centro; pero segun ,, el de la luna se mueve del centro á la circunferencia, co- ,, mo se verifica por el fluxo y refluxo. Lo mismo en los ,, orbes planetarios: segun su propio movimiento giran de ,, occidente á oriente; y segun el del primer orbe al contra- ,, rio, de oriente á poniente."

No se me alboroten Vs., señores liberales, con ver aquí aplicado el sistema de Ptolomeo. En tiempo de Sto. Tomas todavía no estaba en boga el de Copérnico, Kleper y Newton como en el dia, que están gozando de su época, segun le ha sucedido á cada uno de los anteriores, que despues han sido anticuados, como le sucederá á los presentes por otros que se inventarán en adelante: pero para el caso lo mismo es un sistema que otro; porque en todos se verifican dos movimientos: el que cada globo ó planeta, ó como se llame, tiene por su naturaleza; y el que le imprime la atraccion ó repulsion de quien Vs. dixeren, pues yo no quiero meterme á repartir oficios. Volvamos á Sto. Tomas.

,, Entre las naturalezas criadas sola la racional tiene un ,, órden inmediato á Dios; porque las otras criaturas nada ,, *universal* alcanzan á tocar, sino solamente algo particular; ,, participando de la divina bondad, ó solamente en esto de ser, ,, como las cosas inanimadas; ó en esto de vivir y conocer ,, los singulares, como las plantas y los animales. Pero la ,, naturaleza racional en cuanto conoce la razon universal de ,, *bien* y de *ente*, dice un órden inmediato al principio ,, universal del *ser*. La perfeccion pues de la criatura ra- ,, cional consiste no solamente en aquello que le compete se- ,, gun su naturaleza, mas tambien en aquello que se le da ,, por una sobrenatural participacion de la bondad divina. Por

,, lo cual ya dexamos mostrado (1a. 2æ. q. 3. a. 8) que ,, la última bienaventuranza del hombre consiste en cierta *vi-* ,, *sion de Dios* sobrenatural: á la cual vision no puede él ,, llegar de otra manera que *como discípulo que aprende, ha-* ,, *ciendo Dios las veces de maestro*, segun que se dice en ,, el capítulo 6. de S. Juan: *todo aquel que lo ha escucha-* ,, *do y aprendido de mi Padre, viene á mí.* Pues ahora, ,, el hombre se hace participante de esta enseñanza no en ,, un solo momento, sino succesivamente, segun que así lo ,, exîge el modo de su naturaleza. Por otra parte, todo el ,, que aprende por este órden, es neceserio que comienze cre- ,, yendo, si es que ha de llegar á la perfeccion de la cien- ,, cia, como hasta el mismo Filósofo lo dice, cuando (lib. 1.º ,, Elench. cap. 2.º) enseña que todo el que aprende, es me- ,, nester que crea. De consiguiente para que el hombre ,, llegue á la perfecta vision en que consiste su bienaven- ,, turanza, se requiere que desde ántes se dedique á creer á ,, Dios, como discípulo que cree á su maestro.«

Hasta aquí la razon ó demostracion de Sto. Tomas, cuya fuerza irresistible conocerán mui bien todos los que no han aprendido en libritos de moda, ó no han tenido por escuelas los cafees, los saraos, los villares y teatros. Reduzcámosla á términos que hasta los marineros la entiendan. En Dios está lo mucho que nos falta, y no encontramos en la naturaleza. Es menester pues que váyamos á que Dios nos lo dé. No sabemos ni por dónde se va, ni qué prevencion se ha de hacer para el viage, ni dónde encontrarémos al amo que buscamos. Conque es necesario que este nos escriba, ó nos envie un recado en que se contenga todo esto; y que nosotros creamos que aquella es la letra y la disposicion del amo.

Entremos ahora con los argumentos, para que vean ciertas personas, entre ellas el eruditísimo Gallardo, los muchos años que han corrido despues que su sabiduría quedó reducida á polvo. Dice el 1.º ,, Para la salud y perfec- ,, cion de cada cosa parece que hai bastante con lo que le con- ,, viene segun su naturaleza: es así que las verdades de la ,, fe exceden la razon natural del hombre, pues son cosas ,, que no se ven ó no aparecen: luego es de persuadirse que ,, creer no sea necesario para la salud.« ¡Y qué de veces, y de cuántas maneras nos han puesto en la mesa esta cocida y recocida torta los señores incrédulos! Oigan pues otras

y otras mil veces la repuesta y róanla, si pueden, como Dios manda. Ella se reduce á estas pocas palabras. ,, Por ,, cuanto la naturaleza del hombre depende de otra mas al- ,, ta, no basta para su perfeccion el conocimiento natural; ,, mas tambien se requiere otro sobrenatural, como queda ya ,, dicho « Pongamos un exemplo que sensibilize la cosa. El mármol para ser tal tiene bastante con lo que es propio de su naturaleza; pero para ser estatua de mármol, necesita de un hombre que lo labre. De la misma manera, el hombre para comer, retozar, charlar, decir disparates, cantar, tomar medidas y discurrir sobre las cosas de la tierra, de nada mas necesita que de lo que la naturaleza le dió: y si ha de quedarse mármol, quiero decir, hombre defectuoso y miserable, lo que le sobra es caudal con que serlo, aun cuando sea señor diputado de Córtes: pero si ha de ser lo que desea, y ha de adquirir lo que le falta, y ha de llegar á donde aprehende; es menester que se haga discípulo de Dios.

Vaya el 2.° argumento que nuestro Gallardo asoma varias veces en su inmortal Diccionario. Llámole inmortal, usurpando el sentido en que se dice que no puede morir lo que nunca vivió. Está formado así. ,, Es mui peligroso que el ,, hombre asienta á aquellas cosas de las quales no puede ,, juzgar si es falso ó verdadero lo que se le propone: pues ,, como dice Job ¿*no es para juzgar de las palabras para* ,, *lo que sirve el oido*? Es así que el hombre no puede ,, exercer este juicio en las cosas que pertenecen á la fe, por- ,, que no le es posible resolverlas á los primeros principios ,, que son el criterio por donde de todo juzgamos: luego es ,, peligroso dar fe á tales cosas; y por consiguiente no pue- ,, de ser necesario para la salud prestar nuestro asenso á lo ,, que enseña la fe. «

Responde el Sto. ,, Así como todo hombre por la luz na- ,, tural de su entendimiento, asiente á los principios; así ,, tambien el hombre virtuoso por el hábito de la virtud ,, forma un recto juicio sobre las cosas que convienen á aque- ,, lla su virtud: de este modo tambien por la luz de la fe ,, que Dios difunde al hombre, asiente este á las cosas de ,, la misma fe, y no á las contrarias: y por tanto nada de ,, peligro ni de condenacion amenaza á aquellos que pertenecen á ,, Cristo Jesus, iluminados por la fe. « Esta respuesta raya un poco mas alto de á donde nuestros sabios alcanzan. Reduzcámosla á canto llano. Ven acá, salvage, le diria yo á

cualquiera que se me pusiese á tiro: ¿*Dos y dos cuántos son?* Me responderia: *cuatro*, aunque fuese mas zamacuco que....... por poco lo digo. = Yo te niego eso: pruebámelo. Pues á fe que en toda la eternidad no encontraria un modo de probármelo, como no echase mano de un garrote que es la única prueba que Aristóteles reconoce para un caso semejante. ¿Y por qué? Porque esta es una de aquellas verdades á que queriendo ó no queriendo, nos hace asentir cierta luz natural que dentro de nosotros alumbra, y que ninguno puede apagar, aunque sople mas que unos fuelles. Pues bien, santo varon, así como una luz natural que tienes dentro de tí, te asegura que *dos y dos son cuatro* sin mas necesidad de pruebas; así tambien una luz sobrenatural que Dios por su misericordia me ha concedido y *cui benè fácitis attendentes quasì lucernae lucenti in caliginoso loco*, me asegura á mí con una mayor certidumbre que *Dios es la Santísima Trinidad*: que *la Santísima Trinidad es Padre, Hijo y Espíritu-Santo, tres personas distintas y un solo Dios verdadero*, con todo lo demas que sigue en el librito de Doctrina, que el católico, apostólico, romano Gallardo tiene tan olvidado, ignorado ó mal entendido. Pienso hablar con él sobre este asunto. Para que cuando llegue el caso podamos entendernos, le suplico que cercenando siquiera algunos minutos de los que consume con la *personita* ó en la leccion de sus favoritos oráculos, haga por emplearlos en este librito que le importa; ó que al ménos debe leer, para cuando tenga que decir algun chiste acerca de lo que contiene.

El tercer argumento ya queda citado y disuelto; pero como Sto. Tomas tiene una particularísima gracia para explicarse excelentemente y en muy pocas palabras, no quiero omitirlo. Dice así. »La salud del hombre viene de Dios segun „ aquello de Salmo 36. *de Dios procede la salud de los jus- „ tos*: es así que *las cosas invisibles de Dios y su sempi- „ terna virtud y magestad se ven entendidas por las cria- „ turas del mundo en las cosas que el mismo Dios ha for- „ mado*, como se dice en el cap. 1. de la Carta á los ro- „ manos: y que las cosas que se ven por el entendimien- „ to no caben en lo que llamamos creencia; luego el hom- „ bre para su salud no tiene necesidad de creer.« Vaya ahora la respuesta. »Las cosas invisibles de Dios las percibe „ la fe de un modo mas alto por la mayor parte, de como

„ las descubre la razon, procediendo al conocimiento de Dios „ por el de las criaturas. Por lo cual se dice en el cap. 3 „ del Eclesiastes: *muchas cosas te se han manifestado sobre lo* „ *que es concedido al hombre alcanzar con su conocimiento.* «

Resulta pues de todo esto que estamos en la necesidad de escuchar á Dios que nos instruye; y que este Señor, en suposicion de que así lo ha querido, y de que con este designio nos ha formado, está dispuesto á concedernos en adelante la plena vision de su presencia y el goze de su inmensa bondad, y de presente todas las noticias, reglas y medios que necesitamos para hacernos dignos de esta incomparable dicha por nuestros esfuerzos y cooperacion; y que está dispuesto á comunicarnos esto último por el mismo órden con que un maestro sabio instruye á un discípulo ignorante.

En fuerza de esto lo primero ó lo no primero, pero al fin una de las cosas de que su revelacion nos instruye, son aquellas verdades mismas que pudiéramos aprender con solo aplicar nuestra razon á la contemplacion de la naturaleza: v. g. *que es: que es uno: que es omnipotente*, *misericordioso*, *justo*, *sabio*, *&c. &c.* Todas estas verdades nos hacen tanta falta, que sin ellas nada adelantarémos. Pero como para adquirirlas por nuestro estudio y trabajo ocurren muchas dificultades que vencer, que como dice Sto. Tomas, y dixe yo en mi Carta II, no se verificaria que llegasen á penetrarlas sino *mui pocos* (*á páucis*) cuando son del universal interes de todos, *despues de largo tiempo* (*et post longum tempus*, cuando nos son necesarias desde que empezamos á raciocinar: y *con mezcla de muchos errores* (*et cum admixtione plurium errorum*, testigos cuantos filósofos no tuviéron la fe) cuando los errores en esta materia deberán ser nuestra perdicion; su inmensa bondad que *quiere* (con perdon del sacrosanto sínodo pistoyano y de todos sus frenéticos padres) *que todo hombre se salve y venga al conocimiento de la verdad*, tuvo la dignacion de instruirnos en estas verdades de que tanto necesitábamos. Y por este órden hizo su admirable providencia que empezásemos nosotros por donde los mayores filósofos acabáron; y que un artesano ó un hombre del campo siendo cristiano, sepa muchas mas, y mas interesantes verdades desde niño, que las que Sócrates, Platon, Aristóteles, Zenon &c. llegáron á presumir cuando viejos.

Lo segundo que por la revelacion adquirimos, es el conocimiento de muchas verdades de que no nos puede informar la naturaleza, y sin las cuales ni sabemos de dónde vinimos, qué cosa somos, y á dónde caminamos. Porque en efecto, señores sapientísimos, sino se hubiese escrito el Génesis, esa historia admiracion y embeleso de cuantos hombres raciocinan; si no se hubiese escrito ¿sabríamos cuál fué nuestro orígen? ¿Podríamos entender esta contradiccion de que estamos compuestos, y en virtud de la cual mirados por una cara parecemos y somos el mas noble de todos los seres; y luego vuelta la medalla ni somos ni parecemos mas que un saco de miserias y de maldades? Enterados que podemos estar por la razon, de que es inmortal el espíritu que nos anima ¿podríamos adivinar siquiera dónde ó cómo habia de verificarse esta inmortalidad?

Conocíamos á Dios, es verdad; pero ¿cómo? Como por el vestigio ó pisada que dexó impresa en la arena se conoce que fué hombre el que pisó la playa: ó cuando mas, como en un bosquejo sucio y casi borrado se congetura el ser de que debió dar idea este bosquejo. Pero sobrevino la divina religion, y nos ha dado de nuestro Dios una idea tanto mas propia, cuanto mas dista de todo lo que nosotros comprehendemos y alcanzamos: y nos presènta de su inmensa bondad unos rasgos tan admirables y magníficos, que solo viniendo de un Dios, y anunciándolos un Dios, pudiéramos nosotros siquiera imaginarlos: la magestad en la humillacion, la omnipotencia en la debilidad, la vida por esencia en un hombre mortal, el Verbo de Dios finalmente, en la carne. ¿Cupo algo que se parezca á esto en las fecundas imaginaciones de Hesiodo y Homero?

Pues vamos con la tercera instruccion. Por ella se nos enseña el camino, y se nos facilitan los medios de esa felicidad consumada para que somos destinados. No sabíamos dónde estaba esta: la revelacion nos la señala. Conocemos que ella es superior á nuestros esfuerzos: la revelacion nos promete toda la omnipotencia de la gracia. Ignoramos por qué medios podremos obtener esta gracia: la revelacion nos descubre en los sacramentos los tesoros de ella. Las pasiones y los errores nos habian obstruido su camino: la revelacion restituye las reglas de la moral á toda su pureza. La revelacion, para decirlo de una vez, despues de indicarnos el fin, nos asegura del camino: *haec es via; ambulate in ea.*

Porque aquello que nos dicen los que por no parecer ateos se cubren con el vano nombre de deistas, de que en cualquiera religion puede el hombre hacerse digno de Dios; es uno de los disparates mas clásicos que ha abortado la humana malicia: es una de las mayores blasfemias que ha producido el prurito de blasfemar: es querer que Dios sea ménos justo que el hombre: que la suma santidad admita los delitos por obsequio: que la verdad por esencia se agrade de la mentira; y que el autor de la luz se deleyte con las tinieblas. Es como si dixéramos, que desde Sevilla á Cádiz se va con tanto acierto caminando ácia el norte, como si se caminase ácia el mediodia: que para Gallardo son tan agradables las Cartas del Rancio, como las inmortales obras del Redactor y el Conciso: ó para el Rancio tan estimado el sacrílego Diccionario de Gallardo, como el sabio, fino, delicado y justo *Razonado manual*, que ni él ni los suyos han podido ni pueden digerir. Quedemos pues, señores liberales, en que era preciso que Dios nos hablase, y que nosotros estamos en la necesidad de que lo hiciese: y si Vs. no lo han por enojo, en la necesidad tambien de escucharlo; porque no es razon que nos hagamos sordos.

Pues vamos á otra cosa. ¿Y cómo ó por dónde nos certificarémos de que somos nosotros á quienes Dios habló, y no Mahoma, Confucio, Numa y demas autores de esas sectas que se llaman religiosas? Desde que el mundo es mundo no se ha hecho una pregunta con tan mala fe como esta. Hablo de los que por una misericordia de Dios de que cada vez se han hecho mas indignos, conocen la religion del Crucificado, y despues de conocerla, hacen la pregunta. ¿Hay entre todos los hechos uno solo siquiera por el que militen tantas evidencias? ¿Hubo, hay, puede haber una religion donde el carácter de la divinidad se presente tan de bulto como en esta? ¿Pudo ella haber exîstido un solo dia, pudo haber conquistado dos solos prosélitos, si toda la sabiduría y toda la fuerza del Omnipotente no se hubiesen empeñado, y continuado en empeñarse? Sería hacer una cosa mil veces hecha ponerme yo ahora á reproducir las demostraciones que evidencian esta verdad de un modo tan sin réplica, que ni aun queriendo y obstinándose en ello, puede el hombre no convencerse. Ruego á mis lectores que las lean en Sto. Tomas en su lib. 1. *Contra gentes*, en Valsechî *De fundamen-*

tis religionis revelatae, en Roselli tom. 6 q. art. 2., en otro millon de ellos que en latin, en frances y en italiano las han puesto en toda luz; y para los que no entienden estas lenguas, ahí está *El Evangelio en Triunfo*, y la *Introduccion al símbolo de la fe* del P. Fr. Luis de Granada que por todas partes respira el convencimiento y la uncion.

Pero para no dexar de decir algo, voy á repetir la reflexîon victoriosa con que convencia S. Pablo á los fieles de Corinto, tomada de la propagacion del Evangelio; y reducida á que en esta grande obra convenció Dios de necedad á toda la sabiduría del mundo, haciendo que lo necio, lo despreciable, lo flaco triunfase de lo que el mundo llamaba sabiduría, poder y fortaleza. Figurémonos á S. Pedro entrando por las puertas de Roma en los últimos años de Claudio, ó en el primero de Neron. ¿Quién es este hombre? Es un judío, nombre para los romanos del último desprecio: es un galileo, provincia la de ménos consideracion entre los judíos: es un hombre de playa, cuya ciencia toda consistia en pescar: es un pobre sin mas equipage que un garrote que le sirve de báculo: y si todavía se quiere mas; era poco ha un ignorante á quien fué preciso meterle á puñados en la cabeza las cosas mas triviales y fáciles; y era tambien un cobarde que á pesar de las repetidas seguridades que acababa de darle aquel su Maestro de cuya divinidad estaba convencido, no tuvo valor para declararse discípulo suyo, y lo negó del modo mas miserable.

Y bien: ¿qué es lo que este hombre busca: ¿Con qué objeto es venido á Roma? ¡Ahí es cosa de juego! No viene ciertamente á comprar unos zapatos, ni á buscar una lancha donde alistarse de marinero. Viene á abolir una supersticion que era ya mui antigua cuando comenzó Roma, y en cuyos brazos nació esta ciudad, creció, prosperó y subyugó al mundo su imperio: á derribar esos templos magníficos en que se adoraban como otras tantas divinidades todos los errores y pasiones; á mudar el semblante de un pueblo donde todo se hallaba ménos la virtud; donde un monstruo de vicios sucedia á otro monstruo en el imperio; donde del palacio y los grandes se propagaban hasta la plebe los mas estrondosos escándalos; donde la filosofía, ó por decir mas bien, la sofistería consiguió tener ya reducidas á problemas las primeras verdades, y consagrados en sabiduría los mas vergonzosos errores; donde la riquezas de casi todo el mundo, el luxo y las locuras del

Asia, y cuanto habia desordenado en la tierra, daban el tono á las costumbres, públicas; donde era una gloria ser criminal, y vivir á lo bruto; donde....¿qué ciudad la mas corrompida en sus costumbres, ni obcecada en sus errores ha de citarse como parangon? Si alguna puede en los tiempos posteriores compararse con lo que Roma era en aquella época, es menester que acudamos á Paris en los dias de su asamblea y convencion.

Pues observemos ahora lo que este pescador viene á establecer, en vez de todo esto que se ha propuesto arruinar, y efectivamente ha arruinado. En vez de esa muchedumbre de dioses, delicias de las pasiones humanas y modelos de todos los crímenes, trata de que sea reconocido por único y verdadero Dios un galileo (¡ojo alerta, señores discípulos de Juliano!) crucificado en Jerusalen á instancia de todo su pueblo por sentencia del presidente romano Pilatos. En vez de ese Júpiter Capitolino llamado *Stator* de la ciudad y del imperio, viene á colocar sobre el capitolio la Cruz en que este Dios hombre murió; instrumento de tanto horror entónces, como ahora lo es la horca: suplicio tan infame, que se miraba como una injuria contra la magestad de la ciudad, que fuese destinado á él alguno de sus ciudadanos aun el mas criminal. En vez de esa grandeza, ese luxo, esa profusion, esas locuras, intenta establecer la moderacion, la humildad, la pobreza: en vez del desenfreno de todos los vicios, la austeridad de todas las virtudes: en vez de los escándalos y disoluciones las mas atroces, los exemplos de un heroismo de que no se habia concebido ni aun la menor idea; en vez finalmente de las lisongeras especulaciones de una degenerada filosofía, la santa severidad del Evangelio.

¿Y cómo se hace todo esto? ¿Acaso por la violencia de las armas, como lo hizo donde pudo hacerlo Mahoma? No por cierto. Sangre se derramará y mucha; pero ha de ser la sangre de los conquistadores, y en modo ninguno la de los conquistados. ¿Por ventura á fuerza de lisongeras promesas y deleytes? Todo por el contrario. Declararse por la nueva doctrina era destinarse á los trabajos, á las contradicciones y á la cruz. Hacerse cristiano era marcarse para la angustia, para la abnegacion, para los peligros, y las mas veces para el matadero. De cuanto se debia esperar, nada se via; y todo lo que se via de presente, era un continuado objeto de horror de que la

carne se estremecia. Díganme Vs., señores liberales, ¿ qué juicio forman de esta expedicion de S. Pedro? ¿ Quién, no diré ya de Vs. cuyo voto solamente vale para los guisados de una fonda, sino de todos los hombres de juicio, no hubiera tratado de encerrar á S. Pedro por loco? ¿ La prudencia humana sabía en aquel entónces otro nombre á la predicacion del Evangelio, que los de necedad y locura, *gentibus autem stultitiam*?

Con todo; ese Pedro ha triunfado y conseguido cuanto deseaba y pretendia: y sin armas que amedrentasen (voy hablando con Sto. Tomas) sin deleytes que engriesen, y lo que es admirable sobre todo, en medio de la tiranía de los perseguidores mas crueles, ha logrado que una muchedumbre innumerable no solo de hombres sencillos, mas tambien de los mas sabios é instruidos filósofos, haya volado á abrazar una religion en que se anuncian unos misterios superiores á toda la comprehension humana; en que se enfrenan todos los deleytes; en que se castigan todas las pasiones; en que se comienza por despreciar al mundo con sus bienes; en que ninguna cuenta se hace de las cosas visibles; en que solas las invisibles se buscan; de una vez, en que se tiene por la mayor de las felicidades el mas duro ó el mas prolongado martirio. Nádie, señores liberales, nadie mejor que Vs. puede dar á este hecho todo su mérito y valor; porque nádie mejor que Vs. sabe la dificultad que cuesta la propagacion de una nueva doctrina. ¡ Qué de esfuerzos no han hecho y están haciendo para reducir á la suya á la pobrecita España! ¡ Qué no han pelcado por meter siquiera á Cádiz en el paso! No es un Pedro solo, el que Vs. han traido para piedra de su edificio; sino muchos, que en vez de Pedros llamo yo *apedreables.* No ha quedado perdulario alguno de la escuela de Godoy, no ha quedado prosélito de los que Salas hizo en Salamanca; no ha quedado apostol del apostolado del clérigo Calvo que murió en Valencia; no ha quedado discípulo alguno de Llorente, ni maestro de otros que con él marcháron, ni manipulante de los negocios de toda esta familia, ni anfibio de los del rei Pepe, ni género alguno de hombre que á nuestra costa pretenda mejorar de fortuna, que Vs. no hayan convocado y reunido. Por cuatro evangelistas que nosotros teníamos, han puesto Vs. cuatrocientos charlatanes: por nuestros diez y seis profetas, un centenar de ellos, cuyo Isaías al reves es Gallar-

do, que de acuerdo con los otros profetizan á tiro hecho, *igualdad*, *libertad*, *independencia*, *derechos imprescriptibles*; y á la sombra de esto, todo lo que Vs. saben y yo no ignoro es el sumario de su nuevo evangelio. *Despotismo*, *supersticion*, *fanatismo*, *ignorancia*, *preocupaciones* y otros monstruos que presentan en su linterna mágica, es lo que constantemente nos dicen que combaten. La mentira que otras veces era un pecado y una afrenta, es ya una prueba de ingenio y un título de honor. La supercherría y la intriga se han mudado de repente en política: y para Vs. *el fin santifica todos los medios*, como enseña el Dr. Weisaupt. Tienen en el teatro una perenne escuela: tienen tantos colegios como cafees, saraos y villares: tienen, ó por decir lo que es, se toman la libertad de predicar por la imprenta todo lo que se les antoja. Por otra parte, la proteccion no falta: el dinero sospecho que sobra: el *murmullo* está pronto á cuanto se le mande, ó se le pague: la fuerza con empeño se busca: las calumnias no cesan: las amenazas se cruzan; y en su execucion se adelanta cuanto se puede. Y despues de todo esto ¿dónde están los progresos? ¿Qué adelantamientos tenemos? ¿Qué cuentas dan los emisarios y misioneros de la propaganda? ¡Pobres hombres! La España sigue tan católica como era, sin que podais contar en público con otros prosélitos que los que ántes teníais en secreto. Cádiz á pesar de ser Cádiz, quiero decir, un emporio á donde acude toda casta de gentes, y donde el mucho dinero facilita todos los vicios: Cádiz, corte que es de presente, y á donde como es de caxon, debe acudir todo tunante: Cádiz repito, no está sino en corto número con vosotros; y de este corto número deberán irse deduciendo los muchos que van ya notando vuestros embustes, contradicciones y supercherías. Vosotros pues, si es que alguna vez os determinais á hablar verdad, sois los primeros que á presencia de su rápida y maravillosa propagacion debeis confesar, que la religion cristiana es la única y verdadera religion; y que en ella se contiene esta *adorable palabra* por la que Dios se ha dignado de manifestarse y darse á conocer á los hombres.

Pues ahora: siendo esto verdad, como infaliblemente lo es, ya son tantos los servicios que en todos los siglos y en todos los paises hemos hecho, estamos haciendo, y con el favor de Dios continuarémos en hacer los frailes; que cualquiera pobre del campo será capaz de obstruir *os loquen-*

tium iniqua, que quiere decir, dar un tapaboca á esos embusteros charlatanes. Mas de esto trataré en adelante, porque ha caido otra cosa sobre que escribir. Baste para prueba meramente provisional, la observacion que cualquiera puede hacer, sobre que todo tunante que ha querido que en vez de oir á Dios, lo escuchemos y sigamos á él, ha comenzado por quitar de enmedio los frailes. En tiempos antiguos luego que cualquiera heregía levantaba alguna rebumba, las primeras víctimas eran los monges: en los mas próxîmos Wiclef puso el huevo que succesivamente han ido empollando Lutero y Calvino con toda su larga familia, y los filósofos, francmasones y jansenistas; y en los nuestros nada ha quedado que hacer á todos estos caballeros para exterminar hasta nuestra memoria. Aí están los estatutos de los francmasones en que expresamente se declaran incapaces de ser hermanos los frailes y los reyes: aí están tambien las instrucciones secretas de la familia de *notoria probidad*, que les encargan el aborrecimiento y el descrédito de los frailes. Hablarémos como he dicho, de todo esto; porque determino volver á hablar sobre el informe de la comision acerca del Tribunal del santo Oficio. El Congreso ha declarado que *este tribunal es incompatible con la Constitucion*; pero no ha declarado, porque no es declarable, que el informe está inspirado por el Espíritu-Santo. Yo pues que veo el descrédito en que él va á poner para con los extrangeros á la España, y á cuantos han mandado y obedecido en ella por espacio de tres siglos, vuelvo á la pelea y continúo en mostrar sus muchas y esenciales equivocaciones.

Concluyendo ahora esta Carta por el mismo asunto por donde la comenzé, quiero que V. sepa que en el dia 21 de este celebramos nuestra pública accion de gracias. Como el dinero para sus gastos está, segun parece, en el *cabo de Buena-Esperanza*, y la clavería en sola nuestra memoria, medímos las cosas de manera que por ningun caso fortúito que sobreviniera, tuviésemos que presentarnos en quiebra. Una papeleta como las de entierro sirvió de convocatoria, la cera se traxo alquilada, el sermon y misa se echáron por carga concegil, el organista de delante trabajó bien y de valde, al de atras se le dió su estipendio, oficiáron nuestros cantores y los de otras religiones, el coro se llenó de muchos hombres honrados de estas, asistió la parroquia por buena armonía, y en fin se hizo una funcion que parecia

algo, y venia á ser poco mas que nada. Esto no obstante, el pueblo sevillano dió un tal testimonio de que era frailero, qual yo no lo esperaba. Sabe V. la gran extension de nuestra iglesia; y yo no me acuerdo de haberla visto tan llena como aquel dia, en mas de cuarenta años que la frecuento. Lloráron las mugeres hasta hartarse, y no faltáron hombres que les hiciesen el duo; señaladamente en el sermon cuyo asunto fué: *misericordia de Dios con nosotros que fuímos restituidos; y misericordia de Dios con el pueblo para quien éramos restituidos.* Se acabó la funcion: un respetable eclesiástico me dió para el predicador una limosna: otro me acudió con cien reales: dos seglares piadosos contribuyéron con lo que faltó para el gasto: nos dispersamos á comer cada qual donde se lo diesen; y ajustadas cuentas finales, resultamos con dos reales de alcanze. ¡Válgame Dios, amigo mio! ¡Con cuánta facilidad pudiéramos nosotros reparar nuestras ruinas, si no hubiese habido *tutoría*! Pero esta *tutoría* nos ha matado y nos mata. A la sombra de ella se concluyó y se está concluyendo el estrago; y con el amago de ella la reparacion se hace cada vez mas difícil, porque todos temen, y algunos esperan el cumplimiento de las profecías *gallardinas*; y los primeros á nada se determinan, cuando los segundos se atreven á todo. ¿Qué hemos hecho? ¿Qué constelacion es esta que reyna, que por todas partes truena contra nosotros? Mas no nos calentemos; pues necesito de mucha sangre fria para otra especie, que por ser de otra especie, tengo que añadir como P. D. Conque por ahora me limito á anunciar á V. que tardaré en escribir otra mas de lo acostumbrado, porque han ocurrido distintas atenciones de que no puedo desentenderme. V. no se desentienda de que lo amo, y por lo mismo mande á su amigo Q. S. M. B.

El Filósofo Rancio.

P. D. Por el número 130 *del* Procurador de la nacion y del Rey, *ha llegado á mi noticia que en el dia* 6 *de este mes, tuve el honor de ser citado en las Córtes, sin que mi nombre se expresase por los señores que tuviéron á bien distinguirme; pero supliendo esta omision un señor Llarena, diputado parece de Canarias, que conozco de leida, con la glosa que añadió de* ese fraile es el mismo Filósofo Rancio que

ahora se dice; *capellan, añado yo, y muy servidor del tal Sr. Llurena. Pues amigo mio, qualquier autor puede poner á sus escritos los comentarios que mejor le pareciere. En suposicion pues de que soy el autor, y he sido citado como tal, voy á poner para mayor inteligencia el correspondiente comentario.*

Ya V. se acordará de la novedad que se hizo en varias religiones, quando por disposicion del príncipe Godoy y á consulta de su consejo de estado, se impetró bula para que en todas se estableciesen vicarios ó generales nacionales. Yo llevé muy á mal esta determinacion, y luego que la vi executada, peor; teniendo por compañeros á muchos frailes que me parecian de razon, y que efectivamente lo eran. Acabó Godoy: murió un año despues mi vicario general: estaba á la frente de nuestra visita el Eminentísimo Señor Cardenal de Borbon de cuyas santas intenciones me constaba; y creí ser esta ocasion oportuna para exponerle mi modo de pensar en este negocio. Le hize pues una exposicion que en primer lugar contenia las multiplicadas leyes que nuestros antiguos padres diéron para que su religion no se dividiese, y las graves penas que impusiéron contra el que lo intentase: en segundo, la sancion que la Silla apostólica dió á estas leyes: en tercero, las razones en que se fundáron, y las ventajas que nos adquiriéron: en quarto, los inconvenientes que en la novedad estábamos palpando: en quinto y último, la solucion de los pretextos, ó llámense razones que motiváron esta novedad; y á conseqüencia de todo pedia á dicho Señor Eminentísimo interpusiese su poderosa mediacion para con la Silla apostólica y el trono, á fin de que volviésemos á nuestro antiguo sistema.

Entre los inconvenientes del nuevo hacia yo la siguiente reflexîon. Nuestro general en Roma nunca es mas que un fraile, y siempre está en la necesidad de serlo y parecerlo. Pero en Madrid es un Grande de España, porque asi lo quisiéron yo no sé quantos Reyes, y señaladamente Carlos III que unió la grandeza, no á las personas como sus otros predecesores, sino al mismo oficio. De aquí habia sido que nuestro vicario hallándose con el título de Grande, aspiró tambien á parecerlo, labrando uno que yo llamé palacio; y que aunque no lo fuese, podia llamarse asi, en atencion á que era para un fraile. Ponderando despues las malas conseqüencias que esto podia traer, saqué el exemplo de los provinciales que en los tiempos del fervor y vigor de la disciplina caminaban á pie ó en una mula; despues se extendiéron á una pobre calesa; y ya solian

rodar un coche con muchos campanillos, y con unos cocheros que eran por lo comun el azote de los frailes. Tambien hice mencion del abuso introducido de que fuesen servidos en mesa y con viandas diversas de las que tenian los otros sus hermanos.

Tuve despues el honor de haber hospedado en mi convento al R. P. Pdo. Fr. Jayme Villanueva que al presente y con no poco dolor mio, es el redactor del Diario de Córtes, y que entónces vino á Sevilla en seguimiento de la Central con su hermano. Como frailes que éramos el P. Pdo. y yo, y como de alguna representacion entre nuestros frailes, hablamos varias veces de nuestras cosas, y señaladamente de las malas consequencias que la citada novedad nos habia traido. Referíle la gestion que para su enmienda tenia yo hecha: quiso ver mi exposicion; y como era igualmente interesado que yo, se la mostré: deseó sacar copia; y como esta copia podia servir para que en su provincia se tratase de hacer otra igual si convenia, no tuve dificultad en que la sacase. ¿Quién pues habia de creer que una cosa intentada y hecha por mí para bien de mi religion, habia de venir á citarse para no bien *de la mia y de todas las otras? ¿Quién habia de esperar que un papel entregado en confianza habia de salir de texto en la concurrencia mas respetable y solemne que tiene en el dia nuestra España? Otras veces se llamaba esto un* prevaricato. *Yo no sé qué nombre tendrá ahora.*

Seguíase años pasados en esta audiencia de Sevilla un pleyto con el mayor calor. Sucedió que á una de las dos partes litigantes ó se le perdiéron, ó le interceptáron los apuntes que tenia hechos para una confesion general, y en los quales creyó la parte contraria hallarse con especies que favorecian su causa. Los presentó pues en autos: mas apénas apareciéron en el tribunal, mandó este que se arrancasen y quemasen, castigó con mano pesada al abogado y al procurador que los habian presentado, y sin esperar á otros trámites puso sentencia en el pleyto á favor del pobre cuyos fuéron los apuntes. ¡Que los mios no hubiesen encontrado un tribunal de este carácter! No era confesion sacramental la que yo en mi exposicion hacia; pero era una cosa que debió conocerse tener analogía con ella. Era dar cuenta de asuntos que solamente á un visitador podia yo lícitamente descubrir: era anticipar unas noticias que mas tarde ó mas temprano deberia comunicar en fuerza de un precepto: era la gestion de un hijo de familia que enteraba al padre comun de las interioridades de su casa;

era en fin un negocio por su naturaleza secreto, y que el mismo representante del romano Pontífice no debia publicar sino en quanto lo exîgiese el bien comun del cuerpo que venia á curar. ¡Y válgame Dios! Entre tantas comisiones y señores como para tratar de nosotros se juntáron ¿no hubo siquiera uno que echase de ver esto? Que el P. Villanueva no lo reflexîonase, no era de admirar; porque al fin debió ser Cirineo de su hermano, tutor *en xefe de los frailes, y patrono de la* tutoría. *Pero que de los señores no hubiese habido alguno que excluyera de su comision esta tutoría, ó al ménos esta parte de ella: cosa es que no me cabe en la cabeza. Si hay algun derecho imprescriptible en el mundo, este derecho es que nadie pueda sacarme al público, miéntras yo no me saque, y en los mismos términos en que yo me saque, ó miéntras no cometa un delito.* Eu só portugues, et naon castesao, *iba diciendo uno á quien llevaban preso por atrevido. Lo mismo digo yo: soy español, y no frances para que mis Cartas interceptadas se publiquen en la gazeta. Yo tengo derecho á que mis papeles, como no contengan delitos, no salgan sino donde yo quisiere. Y si por fraile no soy ni español, ni hombre, ni próximo; el Señor Cardenal de Borbon no es fraile, es príncipe de la Iglesia, es persona de sangre real. Con S. Emcia. me entendia yo. Si mi nombre que iba al fin del escrito no importaba dos caracoles, el de este Señor que iba al frente, debia importar mucho.*

Pero vamos: ya que tuve el honor que no merezco, de que mi exposicion obrase en el expediente ¿por qué no se puso ella en cuerpo y alma? ¿Por qué no se presentó siquiera en extracto, diciendo sobre qué se versaba, á qué fin y por qué medios se dirigia, con todo lo demas que pudiese contribuir á explicar mi pensamiento? Otras veces al ménos este era el modo de citar. Ya veo que ahora se cita de otra manera; y que despues de las de Mariana, de Zurita y otras hechas contra la Inquisicion, no tengo yo de que quexarme. Líbreme Dios de un tropezon; porque en el dia que esté mas descuidado, he de verme con una acusacion encima por el Credo. *Sí señor, por el Credo; pues en él se encuentran* Poncio Pilatos, los infiernos y los pecados *que son tres cosas á cual peor, ¿Por quanto pues no deberé yo temer que me hagan pariente de* Pilatos, *y que por este* pecado *me hagan descender* á los infiernos? *Pues á fe que en el Credo constan estas tres cosas.*

Dixe en mi escrito algo de provinciales; *y este término que puesto así es indefinido, estaba por mi representacion limitado*

á los provinciales de mi casa; pues yo nada tenia con las agenas: y lo dixe, no de todos, sino de los que hacian aquello que yo notaba. Puntualmente pude ser desmentido en la ocasion misma de decirlo, si mi expresion hubiese debido valer por todos; pero estuve á la regla de lógica de que el término comun quando no lleva signo, significa particularmente *en las materias que no son naturales, ó que no se enuncian como naturales.*

Dixe que hacian las visitas de este y del otro modo; pero no dixe, como afirman estos señores, que las hacian de un modo escandaloso. *Esta proposicion suena mas que lo que ya dixe que sonaban las campanillas del coche. ¿Por qué estos señores no usurpáron mis palabras? ¿Es lo mismo que* el pueblo se escandalize del coche y de las campanillas *que fué lo que yo dixe; que el que* las visitas se hagan de un modo escandaloso? *Y dado caso que por la metafísica de Gallardo saquen que viene á ser lo mismo; yo todavia me quejaré; y diré que siendo yo el citado, y lo que se decia lo mismo, debió haberse dicho con mis mismas palabras.*

No dixe que las campanillas ni el coche alborotaban á los frailes, *que es gente que no se alborota por tan poco;* sino á los pueblos: *y lo dixe porque soy testigo de que en estos luego que suena un coche con campanillas, se asoman las mugeres á la puerta; y porque me hago cargo de que la muger que se asome, y vea que lo que va en el coche son frailes, se ha de quedar mas fria que un granizo. Dixe de los frailes que* miraban como azote á los cocheros. *Voy á explicar la causa, para que todos la entiendan. Ya se sabe que los provinciales por lo comun son viejos; y que los viejos ya sea por la antigua amistad con la vida, ya por el presentimiento de la próxîma muerte, huimos de esta mas que del pecado. Pues ahora, uno de los caminos de encontrarse prontamente con ella, es el vuelco de un coche ó calesa; y este vuelco es cosa que puede hacer qualquier calesero sin encomendarse á ningun santo. De aquí pues viene el empeño de los provinciales en contentarlos: de aquí las amonestaciones que suelen hacer los caleseros al que se descuida, que quando ménos importan una descalabradura: de aquí el zelo para que nada falte á estos caballeros; y de aquí que estos caballeros con media licencia que les dan y con otra media que ellos se toman, traen á los pobres frailes al retortero.*

Dixe palacios, *si señor; mas me parece que fué en singular: al ménos de un singular era de quien yo hablaba; de*

un singular el único de quien yo sabía; y un singular el que me importaba. Este singular habia sido vicario general, y habia hecho labrar el que yo llamé palacio ó palacios. Mas nada decia de provinciales con palacios; y si lo hubiese dicho, hubiera dicho una gran mentira; así como estos señores en decirlo han padecido una levísima equivocacion. Los provinciales no tienen mas que una celda, á veces del mismo tamaño, á veces mas estrecha, y á veces mas capaz que las otras. Y si en algo las excede, hay sobrada causa en las concurrencias á que los sujeta su oficio.

Dixe que en el comer se diferenciaban de los otros frailes: añado ahora que no deben hacerlo; pero debo protestar de camino que si provincial me hallase, aunque no debiera, habia de hacer lo mismo. ¿Pues qué? ¿Tan apetitoso está el caldero? ¿Tan bien provisto lo creen esos señores, desde que Godoy, Espinosa y compañía empezáron á meter la mano en él? Pues por cierto que si sus señorías lo probasen, les habia de venir una vocacion á la mesa provincial algo mas vehemente que la mia. ¡Oh! ¡Cuántas y quántas veces ví á los frailes envidiar el rancho de los walones que estaban aquartelados en casa!

Mas todas estas inexâctitudes en que la importancia del negocio y la premura del tiempo no dexáron á los señores que se parasen, están abundantísimamente recompensadas con el honorífico título con que me citan de célebre religioso, *y con la oportunísima advertencia del Sr. Llarena de que* ese fraile era el mismo Filósofo Rancio; *pues de otra manera quedábamos expuestos á que yo hubiese hecho los* versículos, *y otro se llevase los honores. Ya sabe todo el mundo que soy un* religioso célebre; *y esto en el dictámen de tres comisiones del soberano Congreso. Ea pues: venga ahora el Conciso, el Redactor, el Mercantil, el Duende, la Abispa.......todos esos hambrones á ponerme de ropa de pascua: yo les daré con el texto en los ojos, y les haré ver que soy un* religioso célebre. *Venga el señor Ireneo Nystáctes con su cara de compungido, y con sus palabras de bienaventurado á decirme si* la echo de maestro, y no merezco ser discípulo: *si soy* un ignorante, un bárbaro, un...... *pero no faltaba mas sino que yo volviese á decirme á mí mismo lo que este devotísimo padre me dixo. El que quisiere saberlo, vaya á su* Jansenismo dedicado al Filósofo Rancio, *y allí podrá nadar á sus sanchas en agua turbia por su muchísima abundancia. Venga digo, á decirme todo esto: ya yo sabré responderle que quando en sus oraciones haga mencion de mí,*

ore de esta manera: Señor: te encomiendo el alma de aquel célebre religioso, á cuyo cuerpo ando dias ha buscando una buena convenienċita. *Vengan en fin todos los malandrines y follones que el héroe manchego desafiaba*: el célebre religioso *les temerá ménos que lo que á los batanes temió el caballero de la triste figura.*

Pero señores mios, los de las comisiones ¿habrá lugar para dos palabritas? El célebre religioso *lleva á estas horas tiradas al público una carretada de Cartas. Bien podian V V. S S. abrigar siquiera algo de lo que en ellas pretende este cé*lebre religioso. *Se ha quejado y se queja en la materia presente, del inhumano tratamiento que ha seis meses están experimentando los frailes, privados de quanto tenian, reducidos á la misma miseria en que los puso el enemigo, vejados, desacreditados é insultados mucho mas aun que en los tiempos de este. ¿Por qué pues ante todas cosas no tratan VV. SS. de su remedio? ¿Por qué no empiezan por restituirles lo que es suyo, y en manera ninguna de quien se lo detiene? Está bien que se hagan todas las reformas que V V. S S. gustaren: mas comienzen por la justicia, á no ser que vaya á caer sobre esta la reforma. A ningun español que fué robado por los franceses, se le pide mas para recobrar sus bienes, que decir que este y aquel ó el otro son suyos de pública voz y fama; pero nosotros aun despues de permitirnos la restitucion de algunos conventos, y mandar entregarnos nuestros muebles, nos vemos empeñados en pleytear por ellos sin tener con que hacerlo. Y habiendo sufrido los gastos y diligencias judiciales, todavia los jueces no nos entregan lo nuestro; porque hay una mano superior que manda suspender los procedimientos hasta qué sé yo quando. A ningun español se le pueden confiscar los bienes, atropellar la casa, prender sin previa sumaria, condenar sin oirlo. Pues ¡válgame Dios! ¿No somos españoles nosotros? ¿No somos hombres? ¿No somos siquiera borricos? ¿Quién tiene en su casa un animalito de estos, y le niega el pienso, la caballeriza y la albarda? ¿Quién se contenta con darle la paja y cebada por escrito? ¿Quién dexa el pienso de esta semana para dárselo despues de las de Daniel?* Leyes sabias y justas no son (*segun parece*) las que no se conformen con la Constitucion. *Y yo ¡pecador de mí! busco y no encuentro la conformidad de lo que se dice, y lo que es peor, de lo que se hace, con lo que la Constitucion nos presenta escrito.*

No sabe el célebre religioso *si está impreso, ó se imprimi-*

rá el informe de nuestra reforma; y por consiguiente ignora sus artículos: pero segun las voces que á sus oidos llegan, la reforma debe ser como la que se dice de los regimientos quando se extinguen. Está arruinado un convento v. gr. porque la tuto*ría consumó lo que los franceses no habian hecho mas que comenzar, como va pareciendo ya en autos que se han formado. = Que no se restituya; y he aquí la reforma. Hay que reedificar parte de otro, y para ello pedir buenamente y sin apremio militar ni civil lo que se necesita. = Que no se pida; y he aquí la reforma. No tiene doce frailes un convento que ó puede tenerlos, ó la necesidad del vecindario exîge que los tenga; pero no los hay. = Que venga á baxo; y he aquí la reforma. Ha habido y hay en un mismo pueblo dos conventos de una sola órden; porque así les dió gana de disponerlo á los que los fundáron; porque así lo consintió el gobierno; porque así han estado muchos años; porque no es burdel, ni casa de juego, ni fábrica de cohetes, ni cosa alguna que ofenda al público, incomode ó no sirva al vecindario. = Que no quede mas de uno; y he aquí la reforma. ¡ Qué sé yo ! Y todo esto parece que es segun el santo Concilio de Trento, y todo esto es conforme á varias bulas, y todo esto se infiere de los antecedentes supuestos, sean los que se fueren; y aun para todo esto se cita la autoridad de un* célebre religioso. *Verdaderamente, señores, que mi limitacion no alcanza nada de esto: y si* célebre religioso *quiere decir algo de inteligencia, no veo por donde me venga la tal* celebridad; *como no sea por donde le viene el nombre de* rabona *á la gata que está sin rabo.*

A esta P. D., amigo mio, pensaba añadir otra; pero temo que me salga larguilla, y voy á evitar en quanto pueda que me traten de majadero. Fac ut valeas.

NOTA.

En la Carta XXX pág. 35. lin. 16 se dice: *por Martini*: debe decirse: *por Colloredo &c.*

CARTA XXXII

DEL

FILÓSOFO RANCIO.

CONTINUAN LAS REFLEXIONES

SOBRE LA REFORMA

QUE SE INTENTA HACER

DE LOS REGULARES,

Y

RESTABLECIMIENTO A SUS CONVENTOS.

CADIZ.

IMPRENTA DE LA JUNTA DE PROVINCIA

EN LA CASA DE MISERICORDIA AÑO DE [illegible]


colorchecker CLASSIC
calibrite
mm